

género. Utiliza el pelo como fetiche, convirtiendo la melena en anaconda, en serpiente devoradora de hombres, en símbolo de mal y adorno erótico, pero también es elemento de un cuento infantil de princesas salvadas de su soledad. En sus últimas exposiciones ha denunciado la utilización de las mujeres en la producción y el consumo (PÉREZ RUBIO, 2006).

Para Olga Adelantado (Valencia, 1970) el cuerpo ha perdido su estatuto de alteridad, de materialidad muda, en beneficio con el ser-sujeto, físico y psicológico. Lucía Marrades (Valencia) sin embargo va directamente al fondo del estereotipo del cuerpo, creando una serie de mujeres gordas y tremendas que presentan una ostentosa y desafiante condición de obesas. También ha participado en proyectos cinematográficos, realizando decorados para la película *Caótica Ana* de Julio Medem (KEY, 1999).

La seducción y el discurso sobre el tiempo en las imágenes es el hilo conductor del trabajo de Silvia Martí. Seducción, coqueteo femenino que la tradición pictórica española asocia a las vanitas, belleza y juventud efímera. También es posible a través de la representación del cuerpo visitar los arquetipos femeninos, utilizando códigos iconográficos de la cultura popular y de los *mass-media*. Este es el caso del Equipo Límite (FERNÁNDEZ, 1998) –ejemplo de fraternidad femenina–, que en la actualidad continúa una de sus componentes, Cuqui Guillén (Valencia, 1967). En la misma línea se encuentra el trabajo de Mavi Escamilla (Valencia, 1960), que forma parte de esas nuevas vías de posicionamiento político relacionado con frentes sociales, que en su caso se concretiza en un compromiso con la problemática de la violencia contra las mujeres. Lo corporal también forma parte de la obra de artistas como Consuelo Calvete (Valencia, 1977), en este caso de forma fragmentaria, y de Natuka Honrubia (Valencia, 1971), que partiendo de Giacometti, Germaine Richier o las prótesis de Rebeca Horn, construye su propio *ductus* a través de cuerpos cosidos que anulan toda referencia al cuerpo ideal (PARDO, 2002).

En la actualidad las artistas han establecido un marco de diálogo y debate sobre preocupaciones artísticas a través de líneas de trabajo multidisciplinares, utilizando el video, la fotografía, la escritura, el dibujo, el sonido o la creación de ambientes, y ofreciendo al mismo tiempo alternativas críticas. Es el caso de Mau Monleón (Valencia, 1965), que con sus instalaciones multimedia se adentra en proyectos de arte público de interés comunitario, donde las preocupaciones de las mujeres ocupan un lugar prioritario, o de Empar Cubells (Valencia, 1962), que con sus video-performances ha reflexionado sobre la violencia y coerción como formas de imponer las estructuras de la dominación de género (VILLAR, 2009).

La ciudad como imagen. La imagen de la ciudad

[JOSEP MONTESINOS I MARTÍNEZ –UVEG–]

Una ciudad comienza su andadura, se desarrolla, se construye, se destruye, se reconstruye, se vive, se padece; la urbe cimienta su propio paisaje en un continuo devenir. Cada momento histórico tiene un reflejo en el horizonte de la ciudad, los cambios ideológico-religiosos, culturales, económicos, nos muestran cada vez una ciudad diferente. Pero a su vez sus moradores tienen una visión, una perspectiva de su entorno, una imagen

que es fruto de elementos comunes, pero también todos y cada uno de nosotros poseemos una imagen individual de la misma. Los visitantes, los extraños a la ciudad, también realizan su aproximación a esa imagen. Es una imagen mental, pero basada en apreciaciones reales, existentes, vistas tras el filtro de la subjetividad. Habrá a lo largo del tiempo una serie de ejes comunes en esa imagen de la ciudad, para propios y extraños, elementos que se repetirán en las crónicas y en la figuración, en grabados, dibujos, pinturas... en el imaginario colectivo.

Valencia ha sido siempre una ‘ciudad abierta’, territorio de frontera, con aluvión de nuevas gentes, abierta a nuevas ideas, a nuevas formas de ver y construir el mundo. El paisaje de la ciudad tiene una composición poliédrica, no sólo lo visible a través de su estructura urbana, sus edificios, sus gentes... sino de otros elementos que ayudan a fijar la percepción de esa ciudad: la música, la economía, el habla, las costumbres...

Desde el mismo establecimiento de la ciudad, ésta ha ido modificando el medio físico. Valencia se construyó integrada en un paisaje rural: «...agros et oppidum dedit...» (*Periochae*, de las *Décadas 55* de Tito Livio). Una de las razones de existencia de la misma urbe, a lo largo de su historia, es el cinturón rural que la rodea, estableciendo una dicotomía integrada e interrelacionada. Ese paisaje rural que rodea la ciudad creará, a lo largo de la historia, sus propios espacios, sus propias construcciones, sus gentes, su propia imagen tópica. No obstante la realidad actual está cada vez más alejada de ese paisaje rural, y la razón es la rápida desaparición del mismo en aras a una fiebre constructiva que ha eliminado un entorno natural de primera magnitud, unas formas de vida características y ha hecho desaparecer bajo toneladas de cemento féculas tierras de aluvión cuaternario. Porque el paisaje rural valenciano –*l’Horta*– ha sido una forma de vida, una riqueza para la ciudad y sus habitantes, un magnífico cinturón verde. Su sistema de regadío y el tribunal que lo regula (recientemente declarado por la UNESCO Patrimonio Inmaterial de la Humanidad), han sido reflejados con orgullo tanto por los ‘cronistas’ locales como por los visitantes foráneos. El paisaje rural ha generado literatura, arte, costumbres, folklore, costumbrismo de amplia y rica tradición. Porque esta visión huertana forma parte también del concepto de ‘belleza’ de la ciudad, siempre presente en los mismos valencianos como en los visitantes que nos han dejado crónica de su visita. La presencia del río, el Turia, el sistema de regadío, los marjales y lagunas que la rodeaban, forman parte asimismo de la imagen icónica de la ciudad. Importancia del agua constatada desde el mismo momento de la fundación y en su proceso de domesticación (incluida la desecación de marjales y zonas pantanosas). Esta presencia del agua es tan preeminente en el paisaje que Beuter indica que los griegos le dieron el nombre *Epidrópolis* o ciudad fundada sobre las aguas, tal como aparece en el escudo cívico que podemos observar en la puerta de los Apóstoles de la catedral de Valencia, la ciudad amurallada aparece asentada y rodeada por las aguas.

Un paisaje natural también presente en la ‘imagen’ de Valencia es la Albufera, entorno salvaje y poco domesticado hasta hace pocos decenios que aparece asimismo a lo largo de toda la historia de la ciudad, incluso antes de la fundación, como pudiera ser el texto de Avieno que recoge fuentes más antiguas a su época (*Ora Maritima*, v. 492): «Pallus per illa Naccararum extenditur». La Albufera también se ve reflejada por las crónicas de los viajeros por la literatura en general, por la pintura, y forma parte del imaginario



La ciudad sobre las aguas, escudo de la ciudad en la puerta de los Apóstoles de la catedral. Foto: Josep Montesinos.



tópico alrededor de la ciudad de Valencia. El entorno físico: la tierra, el agua, el clima... ofrecen una serie de imágenes identificativas relacionadas con la belleza y la feracidad. Así probablemente la primera imagen icónica de la ciudad es la reflejada en la moneda de la *Valentia* romana. En el anverso de la moneda se fija la cabeza galeada de Roma, *Valentia* como sinónimo de Roma, y para el reverso una cornucopia que monta rayos. El primer elemento iconográfico muestra la vinculación de la ciudad a Roma y el segundo es símbolo de prosperidad y abundancia.

Como hemos visto en páginas anteriores de esta publicación, Valencia es una ciudad de fundación romana. El texto de Tito Livio, considerado el acta de nacimiento de nuestra urbe, nos aporta diversas imágenes: el nombre de la ciudad, *Valentia*, un *oppidum* o ciudad, *agros* en referencia al entorno rural y unos primeros habitantes *qui sub viriatho militaverant* es decir los licenciados de las tropas romanas que lucharon contra Viriato. Esa ciudad fundada en el 138 a.C., destruida en las guerras sertorianas y refundada en época de Augusto, nos aproxima a través de las excavaciones arqueológicas a una imagen típicamente romana en cuanto a estructura urbana, construcciones, gentes, imágenes, objetos... un paisaje latino en un entorno indígena como lo serían las próximas ciudades en proceso de romanización de *Edeta* y *Arse* (Llíria y Sagunt respectivamente).

Valentia como ciudad amurallada, junto al río, es lo que se desprende del texto de Salustio que nos describe la batalla acaecida durante las guerras sertorianas de fatales consecuencias para la ciudad: «Inter laeva moenium dexterum flumen Turiam, quod Valentiam parvo intervallo proeterfluit», entre las murallas a izquierda, y a la derecha del río Túria, que pasa cerca de Valencia (*Historias* II, 54). Se han localizado unos pocos restos de este muro, así como tramos del foso circundante. Un sistema defensivo a base de muros y rodeado de corrientes de agua (ciudad sobre las aguas que ya hemos visto). Esa será una de las constantes imágenes de la ciudad: una urbe tras sus muros. Tenemos constancia de tres momentos constructivos: las defensas de la ciudad romana, las de la islámica del siglo XI y la cristiana a partir del siglo XIV.

La imagen 'romana' de la ciudad se mantuvo durante todo el alto Imperio, no obstante a partir del bajo Imperio y su proceso de cristianización Valencia sufrió profundos cambios, algunos de ellos debido a la crisis económica, política y social del momento lo que debió incluso reducir el tamaño de la ciudad. En estas alteraciones orquestadas por la nueva religión, tendrá una gran importancia la figura del santo mártir Vicente. El martirologio del santo nos muestra una serie de imágenes espaciales relacionadas con la ciudad; espacio que la historia y la tradición han ido situando: el muladar donde fue lanzado el cuerpo del santo, su lugar de encierro, de suplicio, la columna sobre la que fue flagelado, su tumba...; el alzamiento de todo un complejo episcopal incluida la catedral debió suponer grandes alteraciones en la imagen de la ciudad. Estos lugares son objeto de peregrinación del mundo cristiano. Siglos más adelante, los mismos reyes de Aragón en sus intentos de conquista de *Balansiya* tienen memoria y aspiración de recuperar los santos lugares vicentinos: Alfonso II y Pedro II muestran su devoción al santo. Especialmente el rey Jaime I tras la conquista de la ciudad pone especial empeño en identificar y recuperar los lugares donde se produjo el martirio.

La construcción de una ciudad cristiana durante el periodo visigodo se vio truncada por la irrupción de la invasión islámica. El paulatino proceso



de islamización de la sociedad llevó parejo el del paisaje. Una nueva religión, una forma de ver el mundo, un nuevo paisaje fue paulatinamente enterrando la memoria de la ciudad visigoda y la anterior latina. La misma ciudad sufrió cambios en su estructura urbana, la ciudad islámica tras sus murallas era una ciudad abigarrada, con barrios, calles estrechas, numerosos *atzucacs*, donde el espacio privado configuraba la estructura de la urbe, una visión e imagen diferente a la latina. Son muy pocos los restos de la *Balansiya* islámica que han perdurado hasta nuestros días, y no muchas las imágenes de primera mano que tenemos de los musulmanes valencianos, así como de los visitantes de la ciudad en este largo periodo histórico. La crónica de al-Udzrí del siglo XI nos muestra la magnífica ciudad amurallada, otra vez las murallas: «...no se conoce ninguna ciudad en al-Andalus con muros más perfectos y famosos...», identificando a continuación los muros con las diversas puertas. Anteriormente Ahmad ar-Razí la denominada «Madinat al-turab» o ciudad del polvo o de la tierra, lo cual puede tener diversas lecturas: por una parte puede referirse a la suciedad de sus calles no empedradas, pero también al tipo de construcción a base de adobe y tapial, incluso al hecho de alzarse sobre tierras de aluvión. Los escritos musulmanes, tanto las crónicas, como la poesía y la literatura en general repiten los tópicos paisajísticos a los que ya hemos hecho referencia más arriba: tierra, agua, feracidad, luz... belleza. Para la imagen islámica valenciana el jardín es elemento primordial de contacto entre lo natural y lo obrado por el hombre, espacio de placer, de meditación, de infinita paz. Una de las referencias primeras y constantes en la documentación árabe respecto a la ciudad es la de la de Russafa, al-Russafa, una almunia o quinta de recreo residencia de los príncipes que es elogiada su memoria hasta en el siglo XIII.

La conquista cristiana de 1238 supone el inicio de un nuevo cambio en la imagen de la ciudad. Efectivamente, la construcción de una nueva ciudad cristiana choca con la realidad de la Valencia de aspecto 'morisco' en palabras de los cronistas. Será desde el primer momento de la conquista, pero fundamentalmente a partir del siglo XIV en que las acciones del *consell*

La catedral y su torre el *Micalet*, icono repetido de la ciudad. Cromolitografía de 1844, Chapuy et Dumouza, Imp. Lemercier, Bernard et C.

de la ciudad, a través de los *jurats*, produce un cambio radical en la visión, en la imagen de la misma, con la paulatina y sistemática eliminación de todo lo musulmán.

A partir de la conquista cristiana la imagen de la ciudad está condicionada por diversos elementos que se hacen repetir tanto en la arquitectura, en la figuración y en la literatura. El elemento central de la nueva imagen será la catedral, y al mismo tiempo ocupan y se extienden por el territorio urbano las nuevas parroquias, sobre antiguas mezquitas. También las órdenes mendicantes se instalan sobre lugares estratégicos de la geografía urbana, todo para cambiar hacia una imagen de ciudad cristiana que anulara, que tapara la 'morisca'. En esta ciudad la imagen de lo público vuelve a estar en primer plano del urbanismo. Así las murallas, el potente sistema defensivo elevado a partir del siglo XIV, y en especial su fachada norte (entrada y salida hacia los otros estados de la Corona de Aragón), son unas de las imágenes más repetidas de la ciudad.

La ciudad de Valencia adquirirá una imagen de magnificencia, de poder, de *cap i casal* de su reino y no sólo la arquitectura, las demás artes también harán acto de presencia, de magnífica presencia en la ciudad: imágenes esculpidas, retablos policromados, orfebería... Las magníficas construcciones, especialmente a partir del XIV y del XV (murallas, torres y puertas, catedral, lonja, parroquias) todo ello dotando a la ciudad de una imagen que se repetirá hasta la saciedad en figuraciones, en los escritos de viajeros, en la imagen colectiva.

Los viajeros que visitan esta ciudad cristiana nos detallan los aspectos más visibles, la imagen que se llevan de la urbe: la proximidad la mar, la catedral, el *Micalet*, los monasterios y conventos, la huerta y sus ricos y variados frutos, la Lonja, las murallas y puertas, el río y los puentes, el *bordell*, el *Hospital de Ignoscens*, *Folls e Orats*...

En esta imagen de la ciudad también entran las celebraciones colectivas, bien religiosas o cívicas: procesiones como la del Corpus, desfile con motivo de la conquista de Jaime I, son todos ellos momentos colectivos que refuerzan los vínculos religiosos, cívicos, la identificación colectiva a través de las imágenes, de la fiesta y de las construcciones cívicas y religiosas.

Desde fines del siglo XV y las primeras décadas del XVI llegan a las corrientes italianizantes tanto para la decoración como para la arquitectura. La catedral, cómo no, será una de las primeras receptoras de esta nueva moda de renovación arquitectónica y decorativa. Se renuevan iglesias y conventos a la nueva moda, claustros, altares... El paisaje urbano incorporará estas nuevas imágenes: el palacio del Embajador Vich, la remodelación tanto interior como exterior de otros muchos en origen gótico, incluido el Hospital, San Miguel de los Reyes, Colegio del Patriarca...

Será a partir del siglo XVI cuando se empieza en Europa a representar de forma más o menos realista vistas generales de las ciudades. Y también le toca a Valencia a través de las vistas de Wijngaerde, por encargo de Felipe II. Esta vista muestra por primera vez a Valencia desde una visión por encima de la calle de Sagunto hacia la fachada norte, el río, los puentes, las murallas y tras éstas la ciudad. De principios del siglo XVII es el primer plano que tenemos de la ciudad, el de Mancelli, en él aún se nos muestra la imagen de la ciudad con una gran pervivencia del urbanismo musulmán en algunos puntos, se ven también la gran cantidad de construcciones religiosas que alberga la ciudad 'católica'. Hay un cambio

(Páginas siguientes)

La Valencia amurallada, imagen de la ciudad hasta hace poco más de 100 años. A. Guesdon, 1858.







Habitante de la huerta. J. Laurent, c. 1870. Biblioteca Valenciana. La huerta, la barraca, la Albufera, imágenes de un pasado en proceso de desaparición.

de imagen, lo gótico es sustituido por nuevas formas, con edificios *ex novo* o bien recubriendo la piedra gótica con estucos, placas pétreas, o pintura. De este siglo es la construcción de la basílica de la Virgen de los Desamparados junto a la catedral, también San Pío V, la torre de Santa Catalina, por sólo nombrar aquellos que conforman imágenes significativas de la ciudad.

El siglo XVIII será asimismo un momento de creación de hitos ciudadanos como la portada principal de la catedral, la iglesia de San Pío V, la fachada del palacio de los Marqueses de Dos Aguas. El plano del padre Vicente Tosca nos muestra una ciudad magnífica tras sus murallas, plena de edificios notables, en la cual la Iglesia posee una notable superficie de la misma, desde la catedral en el mismo centro de la ciudad, las parroquias, conventos. Será ese siglo XVIII el de creación de la Academia de San Carlos, que establecerá estrictas normas artísticas y arquitectónicas, lo que condicionará en parte y de ahora en adelante la imagen de la ciudad.

A principios del siglo XIX, y por las guerras napoleónicas, la ciudad se vió inmersa en una serie de cambios que afectarán a su imagen, se destruyen elementos de los que se pensaba estorbaban para la defensa de la ciudad, como el palacio del Real y la iglesia de la Soledad. En este siglo, por procesos de desamortización una parte de los conventos se derriban, otros se adaptan a nuevos usos, con lo que la fisonomía urbana que nos mostraba el plano de Tosca sufre una notable alteración. El derribo de edificios y conjuntos arquitectónicos religiosos dará lugar a solares pronto ocupados por otros edificios o utilizados para ampliaciones de plazas y calles, o en otras ocasiones dedicados a otros menesteres, especialmente los militares. Esa imagen de esa Valencia donde la arquitectura religiosa ocupaba una parte importante del territorio urbano irá paulatinamente desapareciendo. También será este el siglo cuando merced a la revolución industrial nuevos elementos visuales conformen el paisaje ciudadano, ya que en una parte de estos espacios desamortizados se instalaron industrias. La ciudad poco a poco y a lo largo del siglo se irá expandiendo por fuera de las antiguas murallas, quedando el centro cada vez en peores condiciones de habitabilidad, desapareciendo al mismo tiempo los espacios ajardinados privados, los huertos interiores. La función de las antiguas murallas, las magníficas defensas del siglo XIV quedaban en entredicho y así paulatinamente se irán derribando; a mitad de siglo y para el acceso del ferrocarril se derriba el lienzo del sur de la ciudad en la calle de Xàtiva, y pocos años después todo el sistema defensivo. El perímetro de las antiguas murallas se ocupa entonces con una ronda.

El derribo de las murallas dio paso a una ciudad en pleno crecimiento, en una continua ampliación de su espacio urbano. El planeamiento del ‘ensanche’ supuso la articulación de un espacio ortogonal y con avenidas que situaban la ciudad en el siglo XX. En este siglo las comunicaciones afectan a los cambios en la imagen de la ciudad, las estaciones de ferrocarril vienen para formar parte de esa imagen de modernidad y progreso.

A partir de la revolución industrial y los medios de comunicación de masas, nuestra visión de la ciudad cambia. La Exposición Regional, punto de contacto entre la tradición y la modernidad, las ansias de una ciudad vitalista, proyectada hacia el futuro. Surgen nuevos equipamientos como el edificio de Correos y el Ayuntamiento.

Los años posteriores a la Guerra Civil vieron un urbanismo caótico con crecimiento de barrios en el extrarradio, y la continua eliminación del espa-



Paisajes y edificios que identifican a una ciudad a pesar del paso del tiempo. Cartel de la Guerra Civil española.



cio huertano. Las reivindicaciones en el tardofranquismo estuvieron en numerosas ocasiones relacionadas con el espacio de la ciudad: el río, el Saller, recuperando todo ello para el disfrute ciudadano.

Los hitos paisajísticos tradicionales de la ciudad: la catedral, el *Micalet*, la Lonja, las torres de Serranos y las de Quart... hoy comparten protagonismo con otros más recientes como el Jardín del Turia y la Ciudad de las Ciencias, el puerto y su entorno, verdaderos iconos de la Valencia actual e imagen turística de urbe contemporánea.

Tenemos, pues, a lo largo de la historia una imagen nítida de la ciudad. Por una parte la imagen mental compartida por una buena parte de nuestros visitantes, por otra la de los mismos valencianos. En esa imagen se integran elementos físicos concretos de nuestro entorno (agua, luz, tierra, huerta, edificios...), pero también una imagen romántica de una amplia historia releída por cada nueva generación. Imagen nostálgica de una visión del pasado que probablemente en gran parte nunca existió pero que todo junto conforma nuestra forma de ver la ciudad. La suma de todas esas visiones ha ido conformando la referencia actual de nuestra ciudad, las señas de identidad de la misma, aunque sea incompleta y/o repetitiva. Por el contrario, al mismo tiempo que nos embelesamos en esa simplificación, en ese deleite del tipismo, ignoramos otros segmentos de la realidad como la acelerada alteración, en muchas ocasiones negativa, de nuestro entorno, especialmente en los últimos lustros. Y esas alteraciones negativas suponen de hecho la pérdida de algunos de esos valores 'tópicos' en los que se ha basado la imagen de nuestra ciudad.

Nuevos hitos arquitectónicos se convierten en la imagen de la urbe. Ciudad de la Artes y de las Ciencias. Foto: Luis Calvente.